

NOTAS

DEFENSA E INCLUSO APOLOGÍA DE UNA CONMEMORACIÓN: 1808-14

Por JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

La densa etapa de celebraciones finiseculares volvió a resaltar con patencia la necesidad de una concienzuda preparación para obtener resultados condignos de la trascendencia académica y social de los diversos procesos o acontecimientos conmemorados. Envuelta en la polémica la realización de algunos de dichos actos —politización, presupuestos faraónicos y anemia conceptual, distorsión e incluso deturpación de ciertos personajes y efemérides—, sólo tornaremos la vista atrás para extraer la lección de unos hechos que revalidan, una vez más, la exactitud del lema octaviano *festina lente*.

Como se recordará, ha un siglo el recogimiento y tristeza que envolvían la vida nacional determinaron que ni el bicentenario del advenimiento de la dinastía reinante ni el cuatricentenario del nacimiento del César Carlos ni el tricentenario de la muerte de su hijo y sucesor Felipe II significaran algo más que un episódico y apresurado recuerdo. La única evocación de intensidad y prestancia fue la del descubrimiento de América, justamente pocos años antes de que se iniciara la última onda emancipadora que pusiera término —en el Nuevo Continente y Filipinas— al capítulo más importante de la historia española moderna.

Pese a lo que se ha afirmado por más de una pluma prestigiosa — entre ellas y, muy en primer lugar, la de Vicens Vives—, el remecimiento del 98 se asemejó en más de un extremo a un verdadero antuvión en la conciencia del país; y éste tardaría en recuperar el pulso normal, en un horizonte ya enteramente presidido por la conflictividad en todas las manifestaciones sociales y políticas.

Nada prueba mejor la prolongación de la crisis anímica del Desastre que la parquedad y sobriedad extremas con que se rememorara la guerra de la Independencia (1). En otro lugar estudiamos con algún detenimiento la digna al par que recatada actitud con que el Parlamento de la época —el mismo de las primeras crónicas azorinianas— celebró el nacimiento de una España que tuvo en él su eje sustentador. Naturalmente, no repetiremos aquí ni datos ni análisis. Bastará con recordar que el mundo oficial, esto es, el identificado con el liberalismo como fórmula de convivencia de los pueblos modernos, se reconfortó en sus ideales y esperanzas, al sentirse legatario principal del último momento de plenitud de un gran pueblo, guardando las esencias de aquel admirable y acicateador episodio de 1808 a la espera de su «regeneración». Cargado de simbolismo más que de azar tal vez se encuentre el hecho de que en 1907 se concluyese la obra del general José Gómez de Arce y Moro *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, último de los catorce volúmenes que desde 1868 comenzaron a ver la luz, condenados, de ordinario, a ser ulteriormente pasto de saqueos y devastaciones por toda suerte de autores, en especial, de generales y almirantes consagrados a llenar sus ocios y melancolías en la situación de reserva activa o total con los juegos y pasatiempos de Clío. Muy otra, desde luego, fue la intención del benemérito Gómez de Arce y sus colaboradores al escribir una historia que venía a ser renovada prueba de la identificación del estamento castrense con los destinos de la España liberal, justamente en los umbrales de la deriva del ejército hacia posiciones ideológica y socialmente menos avanzadas.

De su lado, la España derrotada pero no vencida con el triunfo del sistema constitucional lamentaba —a las veces, con vivos acentos y trémolo apocalíptico— el pesaroso malbaratamiento que los liberales hicieran de la estimulante herencia dejada por los héroes y heroínas de la gesta antinapoleónica, al vaciarla de su contenido esencial, marcadamente religioso y foralista. Por su parte, la opinión popular, difusa

(1) En el número extraordinario que los tres diarios sorianos publicaron conjuntamente el 2 de mayo de 1908, escribiría Antonio MACHADO: «Los últimos años de vida española han cambiado profundamente nuestra psicología. Acabamos de cosechar muy amargos frutos; y el recuerdo del reciente desastre nacional, surge en nuestro espíritu como una nube negra que nos vela el épico sol de otros días [...] Imaginaos al pueblo español como a un hombre que, inesperadamente, recibiera un fuerte garrotazo en la cabeza, cayera a tierra sin sentido y al recobrarlo, se levantara preguntando: ¿Dónde estoy? [...] Acaso el golpe recibido nos pondrá en contacto con nuestra conciencia. Por lo pronto, nuestro patriotismo ha cambiado de rumbo y de cauce. Sabemos ya que no se puede vivir ni del esfuerzo, ni de la virtud, ni de la fortuna de nuestros abuelos [...] ¿Nos valió, acaso, el heroísmo de Castro y Palafox, defensores de Gerona y Zaragoza, para salvar nuestro prestigio, en jornadas recientes que no quiero recordar? ¿Vendría en nuestra ayuda la tizona de Rodrigo, si tuviéramos que lidiar otra vez con la misma? ¿No creemos ya en los milagros de la leyenda heroica [...] Hoy que removemos las nobles cenizas de los héroes de 1808, rindámosles el homenaje serio que merecen. Ellos conservaron, a costa de su sangre, la tierra que hoy debemos labrar. No insultemos su memoria con vanidosas fanfarronadas, ni hagamos resurgir aquella profunda inconsciencia que, al son de La Marcha de Cádiz, nos llevó a perder nuestras colonias. Convencidos de que sabemos morir —que ya es saber—, procuremos ahora aprender a vivir, si hemos de conservar lo poco que aún tenemos». *Prosas dispersas (1893-1936)*, Madrid, 2001, págs. 223-25 y 227.

y magmática en no pocas ocasiones, se acomodaba mayoritariamente con la de las esferas gubernamentales, confiando en que algún día las virtualidades del sistema inaugurado en Cádiz, en horas de ensueño e ilusiones, llevaran al país al disfrute de unos patrones en todo semejantes a los de las naciones más adelantadas (2).

Como se ve, pues, no fue la algaraza la nota dominante en la conmemoración de la francesada. Frente al triunfalismo irresponsable o la alegría «oficial», se impusieron la mesura y la discreción. El ejemplo de los antepasados obligaba mucho a unos descendientes para los que la misma esencia del país comenzaba a cuestionarse. Sólo con tal número de matices que acabarían por desvirtuar el mismo fenómeno, cabría afirmar que las fuerzas y corrientes más avanzadas del régimen alfonsino celebraron con mayor énfasis que sus adversarias la epopeya de 1808 —(pues así era unánimemente considerada). Apartados en octubre de 1909 los conservadores del poder, los liberales lo retuvieron hasta otro octubre: el de 1913, poco antes de que el estallido de la Gran Guerra desviase todas las miradas hacia la primera contienda mundial. Más sensibles a la cultura que los primates de la oposición dinástica —Maura, La Cierva, Dato, Sánchez Guerra—, Moret, Canalejas y Romanones dispusieron del tiempo requerido para planear desde las instancias estatales —especialmente, las parlamentarias— un modesto pero digno proyecto conmemorativo del arranque de nuestra contemporaneidad.

Junto al patriotismo monumental y estatuario, en que tanto contó la iniciativa de municipios y diputaciones, y al lado de desfiles y paradas militares, dichos prohombres y sus consejeros pensaron con buen criterio que la mejor manera de honrar el acontecimiento y mostrarle fidelidad creativa consistía —*scripta manent*— en agavillar en volúmenes prologados por renombrados publicistas algunos de los pasajes más renombrados de la vida de las Cortes decimonónicas. La antología de sus momentos y discursos estelares serviría para reforzar un patriotismo constitucional nunca muy anchuroso en España, enalteciendo la institución compendiadora por excelencia de los valores alumbrados o repristinados por las Cortes de Cádiz (3). Un siglo más tarde, los 17 tomos aparecidos entre 1910 y 1914 testimonian del acierto de la medida, aunque sea difícil mensurar su contribución al acendramiento del sen-

(2) J. M. CUENCA TORIBIO: *Parlamentarismo y antiparlamentarismo en España*, Madrid, 1995.

(3) «Con objeto de conmemorar el centenario de la batalla [Medina de Rioseco, 14-VII-1808], se levantó un monumento en 1908. Se trataba de una composición en bronce formada por dos figuras: una de ellas era la de un soldado español caído en tierra, herido o moribundo, y a su lado una joven arrodillada que le sujeta la cabeza y le atiende en sus últimos momentos. La figura de la joven bien pudiera ser un homenaje a las mujeres de Rioseco, maltratadas y violadas por los franceses y que a pesar de sus sufrimientos se desvivieron por los heridos en el campo de batalla; o bien puede ser una representación alegórica. En cualquier caso, el conjunto constituía una obra digna y bien ejecutada. Durante algunos años estuvo en una de las plazas de la ciudad y un buen día desapareció para pasar a ocupar un apartado lugar en un patio del edificio del Ayuntamiento [...] Hoy figura a la entrada de la ciudad reinstalado de forma un tanto forzada y desde luego en disposición distinta a la primitiva. Pero ahí está de nuevo». M. A. CAMINO, J. J. SANUDO y L. STAMPA: «La batalla de Medina de Rioseco, 1808», *Researching & Dragona*, 1, 1996, pág. 41.

timiento constitucional, debido al permanente déficit de lectura ofrecido por toda la trayectoria de la España contemporánea.

Por fortuna, no fue la mencionada la única aportación bibliográfica de mérito al centenario de la Guerra de la Independencia.

Diversos organismos y corporaciones —entre ellos, muy grisáceamente, la Universidad— prestaron también un valioso concurso, dentro del tono medio si no mediocre que enmarcó, según ya se ha señalado, la conmemoración. Así, haciendo —excepcionalmente— honor a la llamada epiniciamente por los bardos y cronistas locales, la Atenas española, Sevilla, por medio de su Real Academia de Buenas Letras, aportó un sólido sillar al centenario de la contienda. Solar en el que se mecía la cuna del periodismo contemporáneo, la intensa actividad hemerográfica que depararía a la ciudad del Betis su condición de capital de la España fernandina a lo largo de 1809, quedó acribiosamente recogida en el libro del gaditano Manuel Gómez Imaz: *Los periódicos durante la guerra de la Independencia. (1808-1814)* Madrid, 1910, 421 pp. Varios elementos hacen de él un trabajo sumamente útil, que dista de haber sido superado tanto en la publicística andaluza como en la cualquier otra región. Con todo, metodológica y conceptualmente, quizá más notables fueran las únicas obras debidas a universitarios que, en la estela de la conmemoración, darían a la luz dos preciadas monografías: *El Obispo de Orense en la Regencia del año 1810. Planteamiento de los problemas fundamentales de la vida española constitucional de España*, (Madrid, 1918) de E. López Aydillo y la de Julián María Rubio, *La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812)*, Madrid, 1919.

El culto a «la niña bonita» entre los sectores republicanos provocó que, al identificar las esencias de su credo con las doceañistas, la memoria histórica nucleada por las auras y anhelos gaditanos se mantuviera viva en los años veinte, tiempo en que se opacó en los medios oficiales, zarandeados por la crisis de los partidos canovistas y la implantación de la primera dictadura del novecientos. En su resquebrajadura florecieron con fuerza en los sectores antidinásticos la historia y la leyenda de un doceañismo de veta estrictamente populista, y algunos de cuyos héroes —castrenses y civiles: Argüelles, Riego, Torrijos...— suscitaron una atención editorial privilegiada.

Lógicamente, la coyuntura internacional dejó también sus huellas en la nueva liturgia constitucional, y a los radicales de las primeras fases del liberalismo se les alineó en la senda abierta por los jacobinos franceses y recorrida en la Europa de entreguerras por los bolcheviques... «Los Amigos de Rusia», presididos por el adinerado notario extremeño Diego Hidalgo, se encargaron particularmente de fomentar y establecer paralelismos y similitudes, sin mucha sustancia historiográfica, aunque sí propagandística. Tribunos de inflamado verbo y guerrilleros adelantados de la igualdad social y política, serían entronizados por la República en el Panteón de sus hombres ilustres, dignos de emulación y culto. Perdiendo paulatinamente su carácter de cruzada nacional y religiosa, la guerra contra el francés adquiriría en la ideología más influyente y extendida del nuevo régimen exaltados colores de una guerra po-

pular, movida por razones primordialmente sociales... Así continuaría presentándose durante el conflicto fratricida en el bando gubernamental (4).

Conforme cabía esperar, un profundo cambio de vertiente se produjo en el tratamiento historiográfico de la francesada con la llegada del franquismo. La dimensión nacional y religiosa primaria ahora por encima de cualquier otra, en tanto que un espeso celaje caía sobre sus aspectos más reivindicativos e ideológicos. En tal corriente, en 1946 un pedregoso artículo —como todos los escritos salidos de su pluma— de Rafael Calvo Serer subrayaba las connotaciones de alzamiento popular y guerra de liberación tenidas por un conflicto activado prevalentemente por la idea de Dios y la de monarquía, unidas en la conciencia del pueblo español, frontalmente atacada, a sus ojos, por las tropas de Bonaparte. El libreto quedaba consagrado por una generación (5).

En efecto, hasta que a finales de los años cincuenta e inicios de la «década prodigiosa», los periscopios analíticos del tema experimentasen un cierto desplazamiento, el enfoque del asunto estudiado no sufriría modificación alguna de relieve. Poco a poco, sin embargo, entró por las roderas académicas, siendo objeto de monografías y tesis doctorales, globalmente de considerable valor, en especial, por sus aportaciones documentales. Con precedentes destacados como, entre otros, el libro de M. A. Ortí Belmonte, *Córdoba durante la Guerra de la Independencia* (Córdoba, 1930), la tesis doctoral de Joan Mercader Riba, *Barcelona durante la ocupación francesa (1808-1814)* (Madrid, 1949), sobresalió en un elenco de obras de semejante factura e intención. Pese a que la primera de las escuelas historiográficas surgidas durante la postguerra encaminara sus afanes a revisar de *fond en comble* la visión liberal de la contemporaneidad hispana, sus integrantes se centraron en el reinado fernandino, sin cultivar demasiado su sangriento y decisivo pórtico. El auge de dicha tendencia, que tuvo en Federico Suárez a su incansable guía y a su discípulo José Luis Comellas como su expositor más lúcido y lucido, coincidió igualmente con la etapa de madurez de una nueva generación de estudiosos preocupados por alumbrar la génesis del mundo contemporáneo en España. Su figura más representativa acaso fuese la del catedrático donostiarra Miguel Artola Gallego, cuya tesis doctoral, concluida a comienzos de los cincuenta, versaría sobre una cuestión nodal del conflicto antinapoleónico: *Los Afrancesados* (Madrid, 1953), obra seguida por otra de igual aliento, aunque de mayor extensión material, *Los orígenes de la España contemporánea* (Madrid, 1959), piedra miliar en más de un extremo en el análisis actual del tema (6).

Su aparición coincidiría con la de algunos de los trabajos presentados en el Congreso sobre la Guerra de la Independencia celebrado en Zaragoza al cumplirse el si-

(4) J. M. CUENCA TORIBIO: *La guerra civil de 1936*, Madrid, 1986.

(5) «España y la caída de Napoleón», *Arbor*, 14, 1946, recogido en *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*, Madrid, 1953, págs. 488-519.

(6) Vid. J. M. CUENCA TORIBIO: «Historiografía sobre la Edad Contemporánea», en *Historia de la Historiografía española*, Madrid, 2002, 2.ª ed.

glo y medio del comienzo de sus «Sitios». Por vez primera, el estudio del tema quedaba confinado entre los muros de la institución académica, sin que, en conjunto, los resultados confirmasen las expectativas que dicha iniciativa despertara en un principio. No obstante, se contaron con estudios de subido interés y trascendencia. Incuestionablemente, el llamado a un porvenir historiográfico más radiante y fecundo sería el debido a la pluma señera de José M.^a Jover, «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación (1808-1814)», en *La guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza* (Zaragoza, 1959, I, págs. 41-165). La notabilidad de dicho texto relegó a un plano más secundario otras exégesis e interpretaciones acreedoras a atenta lectura. V. gr., aunque toscamente expresada, la idea de un especialista en el reinado de Carlos IV, Corona Baratech, de que el motín de Aranjuez vino a significar el fin del ciclo conspiratorio de la nobleza inaugurado en 1768, presentaba ángulos para una reflexión más detenida de la que mereciera— «Precedentes ideológicos de la Guerra de la Independencia». *Ibid.*, págs. 5-24.

En una España que comenzaba a abrirse a los vientos del desarrollo, la búsqueda incesable de conmemoraciones y aniversarios que a partir de entonces caracterizase a su vida cultural, proporcionó algún serondo fruto en el análisis del significado de la Constitución de 1812. Así, por ejemplo, el número 162 de la *Revista de Estudios Políticos*, por aquel entonces dirigida por Fraga Iribarne, colectó algunos artículos de indudable calidad. El mismo Fraga en aquel año de 1962, en vísperas de su inmediato nombramiento ministerial, presidiría la lectura en la Universidad Central de la tesis de doctorado de Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes*, cuya inmediata publicación señaló un paso adelante en el conocimiento de la atmósfera en que se gestó la Constitución doceañista (7).

Empero, claro está, no constituye el propósito de las presentes páginas el acometer una historia de la historiografía de la guerra de la Independencia ni tampoco la de la sensibilidad de la sociedad hispana frente a ella. Es otro el que las conduce, según se habrá comprobado. Pero, a los afectos, quizá será suficiente con indicar que hasta nuestros días el estudio del ingente tema se beneficiaría con asiduidad de las innovaciones metodológicas y de la amplitud del paralaje experimentado por la disciplina histórica en su costado contemporaneísta durante los decenios novecentistas finiseculares. Producción y consumo, coste humano y social, derrumbe institucional y rearme doctrinal, debate político y proyecto estatal han sido, entre otros, algunos

(7) En una nota preliminar a dicho número firmada por *La Revista*, se destacaba: «Su promoción ministerial nos llena de satisfacción a los que hemos trabajado con él en esta etapa, beneficiándonos de su magisterio y secundando su actividad, por lo que tiene de plenitud de una vocación y de un reconocimiento de sus cualidades.» Y, por su parte, el flamante ministro escribiría: «Mi alejamiento de la Dirección del Instituto y de la Revista para ocupar otro puesto, quizá de más responsabilidad en el servicio público, pero ciertamente no más grato para un profesor de Ciencia Política, por íntima e irrevocable vocación, no va a impedir que continúe siguiendo muy de cerca las tareas de una Institución y de una REVISTA a las que me encuentro ligado por gratitud de discípulo, por mi condición de universitario y por los lazos entrañables tan sólidamente establecidos en el período que ahora termina.»

de los puntos enriquecidos por la investigación del último período, sin perjuicio de la revisita a viejas polémicas, como el papel de la Iglesia ante el surgimiento del liberalismo o la gráfica de la controversia antiseñorial. Marxismo y estructuralismo, pero también en ocasiones un neopositivismo acomplejado, se emplearon con variado rigor y éxito para formular nuevos problemas y replantear añejos asuntos.

Su encuadramiento también respondió a las coordenadas de la España de final del franquismo y restauración de la democracia, con doble lectura y mensajes subliminales en numerosos libros y artículos acerca de la coyuntura económica y social de la guerra de la Independencia. Las mismas expectativas mesiánicas despertadas entre los hombres de Cádiz por el fin del antiguo régimen anidaron en el alma de los liberales «reprimidos» y en la de demócratas forzados al exilio interior durante la interminable dictadura. Curiosamente, sin embargo, el afianzamiento de la democracia no entrañaría una revigorización de los estudios en torno a los primeros pasos del constitucionalismo. Terminada la hispida y, en buena parte, estéril controversia respecto a la existencia o no de una revolución burguesa en España, el campamento de los contemporaneístas se asentó preferentemente en los terrenos del siglo xx, en los de la guerra civil y el franquismo.

A su vez, en tanto que el fin del comunismo apenas si provocó una bibliografía historiográfica de cierta vitola y pasó sin pena ni gloria por las principales tribunas doctrinales y académicas de la nación, la pleamar del liberalismo sí se extendió por foros y cátedras, con ancha recepción en los medios dirigentes y editoriales. Con todo, su proyección política no se ha traducido hasta el momento en ningún programa sistemático o de fuste, auspiciado desde las esferas oficiales u oficiosas cara a una eventual reivindicación de los postulados clásicos del liberalismo a la luz del legado doceañista. En su lugar, sociedades y organizaciones paraestatales financiaron pródigamente seminarios y publicaciones de escaso interés intelectual e irrelevante trascendencia científica.

El marco político y los condicionamientos de tal índole de que aquí se ha hecho reiterada alusión para entender parte de los motivos de la andadura de la memoria histórica representada por la guerra de la Independencia no perderán, desde luego, su importancia cuando en el 2008 se verifique su II Centenario. Es por entero infructuoso conjeturar acerca del signo de la fuerza o fuerzas que para entonces ocupen el poder estatal y autonómico. Sean las que fueren, sería muy de desear que la tan careada independencia de la sociedad civil mostrase por dichas calendas una incontestable realidad y que el gobierno o los gobiernos limitaran su importante protagonismo a estimular y respaldar las iniciativas nacidas de la comunidad académica e instancias civiles interesadas por una decorosa y rentable —cultural y socialmente— conmemoración del descollante acontecimiento. A la fecha, los congresos y actividades de la Asociación para el estudio de la Guerra de la Independencia —I Seminario Internacional celebrado en Montpellier, los dos transcurridos en Madrid en 1994 y 1995 así como los Congresos Internacionales de Zaragoza y Pamplona, 1997 y 2001, respectivamente— no han tenido por los poderes públicos el aliento y difusión merecidos.

No obstante, al margen de profecías y vaticinios del imprevisible curso de la evolución política, una circunstancia aparece iluminada con fuerza. La celebración será mucho más europeísta que la precedente. El «recogimiento» canovista, aún vigente en la política exterior española de comienzos del siglo xx, ha dado vado a una trepidante acción de la cancillería madrileña en el Viejo Continente, que, siquiera por inercia, seguirá operativa a la hora del evento. Pero para el desarrollo de éste más importante aún será la intensa participación que otras naciones como Francia, Gran Bretaña y Portugal tendrán en su puesta a punto y consecución. Fieles a una tradición que se remonta a mediados del ochocientos, historiadores y eruditos franco-británicos han dado inequívocas muestras en los últimos años de un renovado interés por la *Peninsular War* o *guerre d'Espagne*, y junto a revistas y publicaciones casi estrictamente circunscritas a su estudio, a la manera de la, en conjunto, encomiable *Researching & Dragona*, tienen en fáfara proyectos de un vasto ámbito en las diversas facetas del conflicto. Al propio tiempo, es claro que el hispanismo anglosajón y francés van a encontrar en él la piedra de toque decisiva para su continuidad como elemento vivo del desarrollo cultural no sólo de España, sino igualmente para el de sus más viejos y acendrados solares. Ya en la anterior conmemoración se contó, por fortuna, con dicha cooperación, pero aunque, en líneas generales, de calidad, fue reducida. Como entonces, tal vez ahora aquélla se canalice a través del mundo y los temas militares, según parece, evidenciarlo algunos *jumelages* entre regimientos y agrupaciones españolas con varios del Reino Unido que lucharon conjuntamente contra el francés, exponentes del inusitado interés que las campañas del *Duque* y, en general, toda la guerra peninsular provocan entre los muchos cultivadores británicos de la historia militar, rama siempre roborante de su historiografía.

En el caso del vecino de ultrapuertos, la participación quizá sea más variada. Así lo hacen prever algunos de los estudios y las tesis de doctorado que, éditas o a punto de serlo, revelan un retorno a la guerra de la Independencia como punto focal de su hispanismo. Sin preterir los aspectos bélicos de un conflicto crucial en la caída del I Imperio —sólo dos de los dieciocho mariscales de Napoleón no intervinieron en él—, semejan ser otros los imantadores del trabajo de los jóvenes historiadores galos (8). Pese a la mengua del interés por la figura del «Capitán del Siglo» en la opinión y la bibliografía francesas de hodierno, no parece que ello repercuta en un descenso de la participación gala en el bicentenario de una contienda, observada y analizada en la actualidad desde una multiplicidad de ángulos, que desborda con creces los márgenes de la biografía o la historia militar (9).

Un Portugal, conturbado desde el regicidio de 1 de febrero de 1908 y, ulteriormente, atenzado por el fantasma del «peligro español», mal podía descubrir ánimo alguno en colaborar con su temido vecino en la evocación de un momento estelar de su pasado. Hoy el panorama se encuentra en los antípodas. Nunca ha sido más estre-

(8) Vid. el ágil e instructivo libro, modelo en su género, de A. G. MACDONELL: *Napoleon and his Marshals*. Londres, 1999.

(9) J. M. CUENCA TORIBIO: *Ensayos de historiografía contemporánea*. Madrid, 2002.

cho el paralelismo entrambos pueblos. Recuperada simultáneamente la democracia, la «vuelta» a Europa ha tenido un idéntico trayecto y calendario. Los lazos culturales comienzan a sobrepasar el terreno del tópico para instalarse en la realidad, y el diálogo y la colaboración entre las universidades y corporaciones académicas de una y otra nación dan creciente y sostenido fruto. A uno y a otro lado del Tajo hay que superar conductas erráticas y planteamientos personalistas en la dirección y marcha de organismos y líneas de investigación encaminadas a un verdadero y, a las veces, doloroso esclarecimiento de puntos comunes y vitales en la trayectoria contemporánea de los dos Estados peninsulares. Ni que decir tiene que únicamente de tal modo podrán errecogerse positivos resultados del trabajo de los comités conjuntos que, según nuestra noticias, están ya encetándose a ambos lados del Guadiana en orden al estudio del período 1808-1814. Si la cooperación es fecunda, seguramente dará paso a una auténtica revolución en el contemporaneísmo ibérico y se abrirán horizontes insospechados para las nuevas hornadas de historiadores, que podrán embarcarse así en una de las más sugestivas empresas científicas y culturales que imaginarse puede. Estudiar *sine ira et studio* el pasado más reciente de la única patria o nación europea englobadora de dos pueblos soberanos, uno y otro con proyección universal y crecientemente acelerada en todos los planos (10).

Los vínculos iberistas serán indudablemente un factor que peralte la presencia, en las comisiones pertinentes y, lo que es más importantes, en el tajo de la investigación, de muchos profesionales de Clío de todos los países del Nuevo Mundo. La sobresaliente actuación de algunos de sus compatriotas en las Cortes de Cádiz hará con toda probabilidad que el protagonismo de diputados como Mejía Lequerica, Morales Duárez, José Fernández de Leyva, José Miguel Ramos de Arizpe, Blas de Ostolaza, Ramón Feliú o José Guride Alcocer reciba nueva luz, a tenor del interés que hoy suscita su visión de la nacionalidad y del concepto de lo español en los umbrales de la edad contemporánea. La cobertura doctrinal de la emancipación americana tuvo también en sus discursos y experiencias parte de sus raíces.

Al lado del que cabría estimar núcleo duro en la preparación y desarrollo historiográfico del bicentenario, no es en manera alguna aventurado añadirle la porción representada por eruditos e investigadores de otros muchos pueblos, entre ellos, los germanos y eslavos, y a su cabeza Alemania, Austria y Rusia, con cuyos movimientos antinapoleónicos ofrece tantas afinidades el español, según se ha observado ya en múltiples ocasiones. El país europeo de ejecutoria y tradición más pacifistas durante la edad moderna y contemporánea, Suiza, exportó excelentes soldados a las naciones del sur del continente. Los campos de España dieron fe del valor de los alistados en uno y otro bando —algunas veces en los dos, como los obligados, a comienzos de 1810, en Granada, por el general Sebastiani a un nuevo juramento, tras

(10) El trabajo de un notable contemporancista actual, A. P. VICENTE: *O tempo da Napoleao em Portugal. Estudos históricos*, Lisboa, 2000, integrado por veintiún trabajos misceláneos acerca de diversos aspectos de finales el XVIII y la primera década del XIX, constituye una palpable prueba de la necesidad de tal cooperación.

su deserción en Bailén—; razón, sin duda, entre otras, para que algunos de sus coteráneos actuales estudien su actuación en el conflicto. Y por último, quizá no convendría descartar, junto con la habitualmente distorsionadora de los inevitables norteamericanos, la presencia de algunos académicos japoneses e incluso chinos, en la onda por entonces irreversiblemente cosmopolita que abrirá para el antiguo Imperio del Centro la olimpiada pekinesa... De ahí, pues algo habrá de hablarse de la española, que, por apatía u orfandad «civiles», ésta no haya de patrimonializarse por un estamento como el militar, muy inclinado en todo tiempo a ello y con una visión en exceso «casticista» del fenómeno. (Más que abordar con afán exclusivista empresas para las que no dispone ni del plantel humano ni de los medios materiales para afrontarlas con garantía de solvencia, sería muy positivo que, merced a su esfuerzo, se diesen cima a obras todavía pesarosamente inconclusas sobre los aspectos bélicos del conflicto).

Como se observa, estrictamente reducida a los límites científicos, la conmemoración del II Centenario de la guerra de la Independencia supondrá una ingente movilización de recursos culturales y económicos, cuya compleja implementación no ha de demorarse, bien que por el instante no se adviertan claras señales de haberse iniciado la fase preparatoria. (Piénsese, por un momento, en los medios de todo tipo necesarios para que, con motivo del bicentenario, se haga un turismo «cultural» digno de tal nombre, con circuitos e itinerarios de las diversas geografías y fases de la guerra). Es lo cierto, con todo, que un nutrido haz de historiadores nacionales ha colocado no ya la primera piedra, sino parte del edificio organizativo destinado a albergar algunos de los actos presumiblemente más salientes del acontecimiento. Se hace camino al andar y ya han celebrado varias sesiones plenarias en distintos lugares del país así como de Francia. Por el momento, con todo, no es más que una halagüeña semilla de un corpus institucional y operativo que, por la naturaleza de la conmemoración, requiere una osamenta de mayor calibre y unos presupuestos más cuantiosos. El concurso de los diversos gobiernos —nacional y autonómicos— se descubre aquí indispensable y es lógico suponer que no faltará, prestado, además, sin tutelas ni hipotecas, por más que ello choque contra arraigados hábitos clientelares y caciquiles de todas nuestras administraciones. Pero al propio tiempo, habrá que conjugar también independencia y eficacia en el ámbito más propio y genuino de la conmemoración.

El alto patrocinio de instituciones y esferas marginadas de la vida política y dotadas de prestigio y autoridad deberían asumir la planificación y coordinación de las tareas esenciales para la buena marcha del bicentenario. Ciertamente —se impone reconocerlo—, no son muy fáciles de encontrar en el deturpado paisaje cultural español; mas, sin practicar en exceso el masoquismo ibérico, cabe encontrar algunas con un nivel de competencia suficiente para acometer con garantía de éxito dichos trabajos, no hercúleos, pero muy necesitados de perseverancia, claridad de miras y generosidad. Algunas Reales Academias, algunas Fundaciones, el Consejo de Universidades, etc. podrían, concertadamente, erigirse en el cerebro —también, en ocasiones, en el músculo— de dicha labor. Por defectuosa y criticable que fuere su ac-

tuación —y no existe, en principio, motivo alguno para así imaginarlo—, siempre sería mejor que las sociedades estatales y demás entes gubernamentales de igual laya, de triste y pesaroso recuerdo por su nepotismo e ineficiencia en los anales de la reciente historia cultural.

Desde luego, que dicho esquema organizador se resentiría del parasitismo madrileño y de las desmañas y vicios que le son consustanciales, es cosa ya averiguada y que debe darse por descontada. No siempre, por supuesto, el centralismo es sinónimo de diligencia y eficacia. Pero su lastre no sería difícil de equilibrar con la entrada en escena, con papel propio y nunca en el de convidado de piedra o de compar-sa, de otras corporaciones solventes y de acreditada trayectoria radicadas en las comunidades autónomas, singularmente, las catalanas, por hallarse el Principado a la cabeza de la evolución social y cultural de todo el conjunto nacional.

Y, al respecto, resulta indispensable recordar que desconocemos si el bicentenario significará la última conmemoración de las grandes páginas escritas por el pueblo español acometida y realizada como cuerpo político y social unitario. Bien pudiera acaecer, en efecto, que adentrado un poco el siglo XXI, la estructura e incluso la definición constitucional de nuestro país hubieran dado vado a una arquitectura territorial y organizativa por completo o sustancialmente modificada. De esta forma, el ciclo abierto precisamente por el evento conmemorado se cerraría con su clausura...

Mas, sin engolfarnos en futuribles e hipótesis más o menos fundamentadas, es lo cierto que, en cualquier tesitura, el bicentenario de los orígenes de la España contemporánea ha de celebrarse con firme propósito de unidad y concordia entre todos los integrantes y piezas del mosaico hispano. El desiderativo propósito del autor de *La voluntad* —«España es múltiple. España es múltiple en su paisaje, en su clima, en su historia. Gocemos de España: amemos intensamente a España»— podría, al menos circunstancialmente, servir de *motto* a la gran mayoría de los participantes en las actividades historiográficas y, más ampliamente, culturales del acontecimiento que nos ocupa. Lo que fue expresión de comunidad e identidad profundas en un destino solidario por encima de quiebras y desmayos tan breves como epidérmicos, ha de ser, deberá ser celebrado en el mismo espíritu de entendimiento y solidaridad. No es descartable que «esencialistas» y «españolistas» lleven o intenten conducir el agua a su molino. Pero el riesgo es mínimo tratándose de un foro o palestra académicos. La verdad de los hechos se impondrá con obstáculos o sin ellos. Si la celebración de un capítulo de la historia española escrito fundamentalmente por las gentes anónimas, por el auténtico pueblo de todos los territorios peninsulares e insulares aduna los vínculos y relaciones entre sus habitantes actuales, no habría razón alguna para descalificarla. Si, por el contrario, sus conclusiones y resultados dieran lugar al reforzamiento de las tendencias centrifugas o dislacedoras de la conciencia nacional unitaria tampoco sería legítimo poner reparo alguno. Probablemente, a la altura de los próximos años diez o veinte, la historia de este viejo pero no eviterno solar hispano seguirá el curso marcado en las estrellas, al margen de asambleas y simposia de sabios y eruditos...

Que comparecerán juntos, pero no revueltos... Lo que equivale a decir que modernistas y contemporaneístas —porción mayoritaria, mas no excluyente del elenco de estudiosos intervinientes en los trabajos del bicentenario— estarán en el mismo tajo, pero con mucho orden y concierto. Obviamente, no se declarará por parte de los últimos ningún monroísmo ni veto, pero su materia de investigación y docencia tiene su pórtico en la primavera de 1808, si no antes —«Godoy, primer dictador de nuestros tiempos»...—. Todos los caminos de la España actual poseen su piedra miliar —y no sólo, ni de modo primordial, variamente...— en la Puerta del Sol madrileña... Los principales procesos desenvueltos en su transcurso se motorizan a partir de la revuelta antinapoleónica, «guerra, alzamiento y revolución de España», en su mejor y más profunda definición. Con el más sincero aplauso por la incondicional disposición de sus colegas, con la mayor comprensión hacia las dificultades que atraviesan al señalar los mojones de su temática, debido al imperialismo arrollador de los medievalistas dispuestos a extender su jurisdicción al mismísimo reinado del ¡Rey Prudente!, los contemporaneístas no pueden renunciar no a unos ridículos derechos adquiridos o un corraleño corporativismo, sino a las exigencias de la racionalidad y escasa lógica que cabe encontrar en el decurso de la aventura humana.

Habiendo reflexionado con alguna latitud como cualquier otro estudioso de nuestra especialidad acerca de la labilidad de las fronteras cronológicas y de la infirmitad de los esquemas manualísticos, no creemos oportuno retomar tan asendereada cuestión en un artículo muy alejado de cualesquiera propuestas metodológicas así como, según queda dicho, por lo trillado del asunto. Aun concediendo que el antiguo régimen se prolongase en algunas de sus manifestaciones hasta la Septembrina y que buena parte de los procesos y dialéctica del XIX tengan su manantial, cómo no podía de ser menos, en la época ilustrada, se escarnecería la memoria de los más ardidos y candorosos liberales decimonónicos que estimaron precisamente la etapa isabelina como el período por antonomasia de la Revolución Española, solar de su triunfo contra la reacción en el campo de batalla y forja de un espíritu revolucionario y progresista, más tarde escamoteado...

Pero si este título sentimental —de una rara perspicacia, por más que disimulada por el airón retórico— no se estima científicamente válido son innumerables los que deponen, con la mayor acribia, a favor de un enfoque «contemporaneísta» de la eclosión y dinámica de la guerra de la Independencia. Si, como intuyera el mayor de sus historiadores, D. Benito Pérez Galdós, el motín de Aranjuez puede tener una filiación «modernista», el alzamiento del 2 de mayo pertenece por entero a la edad contemporánea. (11).

Por lo demás, no habrá de perderse nunca de vista que el bicentenario estará inmediatamente precedido del tricentenario de los Edictos de Nueva Planta en Aragón y, muy en especial, en Valencia. La porción quizá más sustantiva de las cuestiones de marchamo y genealogía «modernas» debatidas en Cádiz halla su punto de infle-

(11) J. M. CUENCA TORIBIO: «Galdós y la historia de España», *Insula*, 654 (2001), págs. 5-6.

xión en dichos decretos de Felipe V. De ahí que los modernistas interesados por lo que la lucha antinapoleónica tuvo de tracto o ensambladura entre las dos grandes vertientes de la trayectoria nacional en las últimas centurias, debieran acudir a la cita de 2008 entronjada la cosecha de los debates y análisis del año precedente. A tenor de los temas político-intelectuales que focalizan la curiosidad de los españoles de estos comienzos de milenio, el surgimiento o no de una verdadera nación española en los años de la francesada se impondrá como cuestión reina a la hora de la celebración del bicentario; y es claro que los modernistas tendrán mucho que decir y opinar acerca de si la Nueva Planta respondía ya a un diseño borroso más que a un modelo de Estado que acabaría por configurarse en Cádiz. Sus trabajos y debates desbrozarán el camino para dibujar, con mayor nitidez de lo hecho hasta el día, el perfil del Estado contemporáneo.

Por supuesto, sus aportaciones no serán en dicho terreno de orden ancilar o secundario; a buen seguro, situarán correctamente los verdaderos términos del debate, ahondando en las conclusiones en que se muestran ya contestes un gran número de los especialistas de nuestro siglo ilustrado. El concepto actual de nación no apareció, adánicamente, en Cádiz. En pleno esplendor de la monarquía carlotercista, cuando ministros y cortesanos aludían al rey, en su correspondencia y conversaciones privadas, como «el Amo», era algo más que un hilillo la corriente que desembocaría en las Cortes doceañistas para afianzar teóricamente la noción de soberanía nacional. La idea de España como sociedad civil formada por la unidad de todos los habitantes de la metrópoli y las Indias, sin particularismos, privilegios o exclusiones, tenía ya vigencia en el pensamiento y la pluma de las élites. Uno de los pensadores en que más admirablemente encarnó el espíritu de la Ilustración, el magistrado y escritor alicantino Juan Sempere y Guarinos, llegó a propugnar con entusiasmo la desaparición del lugar de nacimiento de escritores y artistas en enciclopedias y diccionarios a fin de que se borrara cualquier espíritu provinciano o localista entre los habitantes de una misma nación. Coetáneamente, otro gran intelectual de la Corona de Aragón, el jesuita barcelonés Juan Francisco Masdeu, comenzaba a escribir en el destierro su *Historia crítica de España y de la cultura española*, en la que, sin mesianismo alguno de corte castellanista, con las reglas de juego del más estricto discurso racionalista, defendía la fluencia y trabazón íntimas de la textura temporal de un ser histórico español, que a finales del xviii, «bajo la augusta familia Borbón», presentaba su fastigio, convertida en un país en todo semejante a los más adelantados del planeta. Sin violentar en nada el texto de su famoso «Discurso preliminar», un relente de contemporaneidad atravesaba varios de sus principales pasajes, con claro anuncio de que el «carácter nacional» se encontraba abierto a nuevas actualizaciones y progresos.

Al imprimir el cuño más actual al discurso de lo español y abogar por la asunción fecunda de *nova et vetera*, Masdeu encarrilaba la definición de lo hispano y la consiguiente propuesta de un patriotismo a la altura del tiempo —de un tiempo ya revolucionario una década después de que el jesuita catalán iniciara su libro (1781)—, y dejaba expedita la vía para nuevas formulaciones de la nacionalidad.

Ésta fue, sin duda, la gran conquista alcanzada por los ilustrados en orden a una concepción del poder público de raigambre constitucional y democrático. Pero, bien se entiende, no vamos a tutelar propuestas ni a confeccionar programas a nuestros colegas modernistas. Las primicias que lleven al foro del 2008, las conclusiones y resultados con que se presenten en la hora de la conmemoración de la guerra de la Independencia, serán agradecida y gustosamente recibidos por los contemporaneístas, que, repitémoslo, tendrán en sus trabajos una sólida e insustituible plataforma para el despegue de cualesquiera de sus investigaciones. Claro es, que si los últimos muestran, como hasta ahora, escaso entusiasmo por acudir a la palestra, atraídos por otras más rentables política o mediáticamente, sus colegas modernistas rellenarán plausiblemente su vacío y cubrirán con dignidad su incalificable ausencia.

Pese a que ciertas aficiones y querencias inclinen a ello, prevalidos de encontrarnos en una geografía familiar en algún que otro paisaje, tampoco, claro, vamos a pergeñar el libro de ruta de los trabajos y los días de los contemporaneístas convocados por tan alta ocasión. Por lo demás, alguna línea de investigación que se nos antoja preferente, ha quedado ya esbozada líneas arriba. De modo perogrullesco, ha de recordarse que una guerra ha de analizarse primariamente desde el punto de vista bélico o polemológico. Muy firme y cimentada con sólidos trabajos se ofrece esta vía de penetración en las entrañas del acontecimiento. La veterania es un grado cualitativo y, sobre todo, cuantitativo; y la tradición se presenta una vez más como fórmula fecunda para el progreso historiográfico. No en balde tanto en nuestro país como fuera de él, las campañas y sucesos militares del periodo empezaron a reconstruirse casi por sus mismos protagonistas en el caso español, y por sus mismos actores en el ejemplo de franceses o ingleses. Mucho se ha roturado y la cosecha ha sido óptima; pero aún, claro, quedan aspectos a la espera del escalpelo crítico y el aporche concienzudo. Creemos, v. gr., que un tajo cosmopolita y sustancial sería el profundizar en ciertos asuntos tratados al desgaire por D. Pablo de Azcárate en su envidiable introducción a la vida «peninsular» del Duque, así antes como después de haber sido nombrado capitán general de todas las fuerzas antinapoleónicas en octubre de 1812. Muy de desear sería que, con el talante menos polémico posible, el esfuerzo de eruditos e investigadores cerrara definitivamente la añeja e interminable disputa en torno a sus relaciones con los mandos militares y políticos españoles y su juicio acerca de ellos (12).

(12) Al respecto ha escrito palabras muy agudas el embajador L. STAMPA en el prólogo de su libro en colaboración con J. J. SAÑUDO: *La crisis de una alianza (La campaña del Tajo de 1809)*, Madrid, 1996, en particular págs. 17-21. En algún momento de esta notable obra sus autores semejan perder su loable talante académico ante la acumulación de desatinos de historiadores y combatientes británicos. Así, al glosar la descripción del alférez Aitchison sobre las consecuencias de la batalla de Talavera de la Reina —«los españoles han demostrado que no quieren combatir»—, escribirán: «La increíble capacidad británica para distorsionar la realidad no es privativa del Gobierno de su Nación. Evidentemente alejados de la zona de operaciones, en tanto que los ejércitos españoles están empeñados en su totalidad contra el enemigo, negándose sistemáticamente a operar, los británicos opinan que los españoles no quieren hacer la guerra». P., 538. J. CHASTENET, amante de España y buen conocedor de los comienzos de la crisis del

No sólo la actuación militar y política de Arthur Wellesley, sino facetas tan nucleares para la visión historiográfica hodierna como la actitud ante «el otro» o la imagen de España y Portugal conformada por la opinión y el recuerdo del Duque y sus soldados insulares (13). Muy por encima del gran legado de la envidiable literatura viajera británica decimonónica, en la que, según es hartamente sabido, la rama hispánica es de las más robustas —Richard Ford, Don Jorgito, «el inglés» y un muy ancho etcétera—, la visión estereotipo de nuestro país a lo largo de los dos últimos siglos en el Reino Unido se acuñó esencialmente con los materiales recogidos en los juicios de sus combatientes en la *Peninsular War*. No tuvo otra fuente más principal ni discurrió por roderas muy diferentes el sentimiento que hacia Gran Bretaña prevaleció en la España de anchos tramos de la contemporaneidad. La actitud en general despreciativa que los militares ingleses mostraron hacia los españoles y el execrable vandalismo con que se comportaron —en radical contraste con su actitud en Francia desde el 7 de octubre de 1813 al 12 de abril del siguiente año— en la expugnación de villas y ciudades —Badajoz, Vitoria y San Sebastián fueron, conforme se sabe, concienzuda y gengiskánicamente arrasadas—, dejaron en la masa popular un pésimo recuerdo, contrarrestado a duras penas por la britanofilia de ciertas élites y minorías (14).

antiguo régimen, no obstante su bien probada —y publicitada— anglofilia, romperá una lanza a favor de los soldados españoles, injusta y tradicionalmente menospreciados por los autores británicos. *Wellington. 1769-1852*. París, 1979, 2.ª ed. Pero como, afortunadamente, la historia es el reino de la diversidad, un politólogo que gozó en su tiempo de amplia autoridad, E. Tierno Galván, mantuvo en un prólogo-cartel (por la función de reclamo y enganche ideológico-político que representara en el momento de su publicación) una tesis abiertamente anglófila. «Se tiende además —escribió— a minimizar la ayuda inglesa, quizá porque no se ha estudiado bien; pero es cierto, a mi juicio, que sin la constante ayuda británica en el orden material, administrativo y moral la guerra hubiera tenido otro cariz y quizá hubiera tenido otro fin». *Actas de las Cortes de Cádiz. Antología*, Madrid, 1964, pág. 11.

(13) Creemos que, muy acertada en su conjunto pese a su severidad, la rescña de M. ARTOLA al libro de esta noble figura liberal adolece de ciertas reservas ante sus aspectos positivos. Cfr. *Revista de Estudios Políticos*, 126, 1962, págs. 667-8.

(14) A un soldado de las tropas británicas que entraron con Wellington en Madrid a mediados de agosto de 1812, pertenece el siguiente testimonio: «A unas cinco leguas de la capital sus habitantes nos agasajaron con multitud de regalos: flores y laureles, pan, vino, uvas, limonada, dulces, etc. A medida que nos aproximábamos a Madrid, crecía la multitud, transportada de loca alegría. Las gentes nos llamaban libertadores, salvadores y un millar de calificativo más. A la pobre Virgen María la olvidaron, al menos en aquel día. Por todas partes no se oían más que los gritos atronadores de “vivas” a Wellington y los ingleses y otros miles de “vivas” de los que ya no me acuerdo. El duque marchaba a la cabeza de la columna y, cuando entramos en la capital, los gritos de entusiasmo se multiplicaron por diez, mientras que repicaban las campanas y las ventanas y balcones aparecían decorados con ricas colgaduras bordadas en oro y plata, tal y como se estila allí en las grandes fiestas en las que se lleva en procesión a la Sagrada Hostia...» Pero también está el reverso, por desgracia más ancho quizá que el anverso. Un joven alférez del ejército luso-hispano-británico adentrado en Francia en el otoño de 1813 escribirá a su corresponsal: «Un oficial español me acaba de mendigar un sitio en mi habitación; se lo he negado pues odio tanto a los españoles como a los franceses.» *Apud* A. D'ARJUZON, *Wellington...*, págs. 201 y 226. La recreación del estudioso francés de la primera estancia madrileña del Duque toma muchos de sus materiales del biógrafo canónico de Wellington P. GUEDELLA: *The Duque*, Londres, 1934, reimpresión de 1997, págs. 222 y ss.

De otra parte, hay que señalar que algo muy parecido a la opinión dominante en el Reino Unido cara a lo español ocurrió respecto a la imperante en el mismo período en Francia, aunque en ella el aporte de los escritores «profesionales» fuere tal vez más importante o, cuando menos, más considerable. Víctor Hugo, infantil y tremante testigo del material y las escenas inmortalizadas en los «Desastres» goyescos, alimentó con su estancia en el Madrid josefino su simpatía por «el país del Cid» y prefiguró con ello el capítulo más destacado del movimiento romántico. Pero aun así no ha de olvidarse que, simultáneamente, sus deportados compatriotas de la isla de Cabrera o los reclutas desertores del *enfer d'Espagne* poseyeron una imagen bien diferente de la patria de Cortés y del Gran Capitán. La hispanofobia de anchas capas populares francesas de los dos últimos siglos hunde gran parte de sus raíces en la vesania de algunas de las respuestas de guerrilleros y pueblo a la represión y vandalismo de los soldados de Napoleón. Igualmente, pues, el odio y la antipatía por los «gaba-chos» de los estratos menos cultivados e iletrados españoles a todo lo largo de la edad contemporánea responden, en ancha medida, al sentimiento de repulsa que la invasión de 1808 y las incontables tropelías de los ejércitos franceses provocaron en el alma y la memoria populares (15).

El mismo fenómeno —intrusión alevosa, resistencia heroica— proporcionó los elementos más actualizados de la interpretación de mayor arraigo y extensión de la historia nacional. Surgida ésta, conforme es bien sabido, a finales del siglo xv basada en la existencia de un fondo étnico y psicológico permanente, sometido —siempre victoriosamente— a la ruda prueba de continuas invasiones —desde los fenicios a los árabes—, la de 1808 confirmaba el acierto de dicho análisis al tiempo que, según se ha dicho, daba alas a una versión modernizada de esta configuración de nuestro ser histórico más auténtico. Los dos polos —tradición y progreso— que ahormarían el programa del liberalismo moderado —gobernante bajo diversos modelos políticos durante la mayor parte de la contemporaneidad hispana—, se conciliaban en el concepto y la imagen histórica puesta al día con el más fuerte aplauso y audiencia por la célebre obra de D. Modesto Lafuente, cima de una historiografía nacida con el mismo término de la guerra de la Independencia. Ésta consagró la plenitud de la historia patria encarnada por el credo gaditano, conquistado por el esfuerzo heroico de un movimiento popular que respondía, en sus últimas motivaciones, al sentir de impulsos y fuerzas de las más remotas edades... (16).

(15) Confiamos que para el bicentenario obras como la reciente del norteamericano J. L. TONE, *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*, Madrid, 1999, sean ya pura arqueología no obstante sus parciales logros. Sin duda debido a obscuras razones editoriales, tesis del mismo tenor y, sobre todo, talante ven con demasiada frecuencia la luz en nuestro país. Será difícil que libros con la escasa y muy limitada geográficamente investigación como el del flamante doctorado estadounidense sostengan un número tan elevado de pronunciamientos-conclusiones sobre la guerra de la Independencia, con lenguaje siempre apodictico y rotundo.

(16) El decisivo componente de los primitivos pobladores de la península en la dialéctica invasor-invasido lo estudia con envidiable erudición y perspicacia F. Wulff en una serie de estudios necesitados de su recopilación en libro.

Directamente relacionada con la cuestión apuntada se halla, conforme resulta harto sabido, otra, si cabe, de superior trascendencia. El nacionalismo hispano, de cochura y temple fundamentalmente moderantistas, recibió un impulso decisivo con una visión que conjugaba pasado y presente, fidelidad a una identidad, al igual que todas las europeas del momento, de fuerte reactivo excluyente y belicista, pero que, al poner su acento principal en la defensa de la libertad, dejaba intactos los puentes para el diálogo e incluso la reconciliación con una Francia, considerada por los sectores progresistas y burgueses, pese a todo, como nuestra garante y embajadora ante la modernidad.

Mas orillando el tan sugestivo tema de las verdaderas bases del nacionalismo español, habrá que indicar con referencia al que ahora nos ocupa, que la visión sacramental, concordante y hasta apacible no logró, pese a su sanción académica y social, derecho de exclusividad. Otra de distinto tenor, presidida por el antagonismo y la violencia, rivalizará con ella y logrará imponerse en numerosas ocasiones. Debido a que hasta la civil de 1936, la guerra de la Independencia ha sido «la última presencia española en la historia universal», es lógico que la estampa mencionada contribuyera a conformar, con los usos y tradiciones propios —tres contiendas fratricidas resultan ser suceso desconocido en los anales europeos—, una cultura de fuerte acento belicista en la España contemporánea, con las secuelas fácilmente imaginables derivadas de ello. Hasta la Transición, bien es cierto que, más en el exterior que de puertas adentro, la imagen de un país presto al empleo de las armas como argumento definitivo en la discusión político-social así como a embriagarse con el olor a pólvora y la visión de la sangre, pervivió en la memoria colectiva de los pueblos de nuestro entorno, llegando incluso a dominar la poseída por tan grandes historiadores —e hispanistas...— como F. Braudel y su discípulo Pierre Chaunu.

Pero tal vez más importante aún que la cristalización de una cultura belicista fuera que su motor esencial, la idea y praxis del conflicto, se instalase de manera permanente en la vida nacional. Quizás algún modernista piense que con ello, tras el paréntesis cosmopolita y «europeo» de las «luces», reaparecía, con otro ropaje —el de la lucha de clases, principalmente—, la veta costumbrista del conflicto de castas de la Baja Edad Media y la etapa renacentista; pero, con resonancias castrianas o no, resulta innegable que la escisión nacional y la lucha política proveniente del antagonismo de los partidos revistieron en la España contemporánea unos tintes insólitos en la mayor parte de los Estados del Viejo Continente. Por muchos que hayan sido, a la moda y el gusto de los más modernos contemporaneístas, la «normalidad» y europeísmo de la trayectoria hispana a lo largo del ochocientos y ulteriormente, tal rasgo sobresaldrá siempre a la hora de balances y caracterizaciones.

Habida cuenta del casi canceroso crecimiento —en comparación con el experimentado en otras áreas y costados— de los estudios sobre las relaciones e imágenes comparativas de los distintos países y pueblos, cabe esperar que el susomado sea uno de los temas que cuente con mayor número de contribuciones en el próximo bicentenario de la fecha de nacimiento de nuestra convivencia contemporánea. Inscrita por entero o *juxta modo* en parámetros europeos, su contemplación y vivencia ac-

tuales la muestran tensionada *a radice*. De ahí, pues, que todo lo que contribuya a explicar la etiología —ya que de un cuerpo enfermo se trata o, al menos, de gran morbilidad en su anatomía fundamental— del ancho y prolongado disentimiento español contemporáneo, obtenga de inmediato el aplauso y gratitud de la comunidad científica y de toda la sociedad española.

Por consiguiente, el fenómeno revolucionario en su proteica expresión ha merecido en la reciente historiografía española un tratamiento privilegiado, no sólo, por supuesto, debido a dicha causa, pero sí de manera primordial o muy considerable. *De facto*, es hoy el que drena las energías de algunos de los sectores más renovadores y —debe consignarse— audaces del contemporaneísmo. La huella y presencia de politólogos y sociólogos son, lógicamente, muy grandes en esta ladera de la guerra de la Independencia. Ya se recordó que ésta ocupaba una gran y estratégica porción de la geografía social y política del conflicto, importancia advertida ya por sus más perspicaces coetáneos.

Mucho, pues, se ha escrito y mucho más se escribirá en punto a la cuestión. El carácter interdisciplinar que deben tener las principales líneas de investigación acerca de la francesada, en pocos casos será más necesario que en el citado. Hasta el momento, y en consonancia con la muy robinsoniana historiografía contemporaneísta española, es poco el trecho andado por tal sendero, pero es de esperar que las exigencias de una planificación fecunda y la mentalidad de las nuevas hornadas impongan un espíritu y una praxis distintos, pues cualquier otro será camino de servidumbre e irresponsable riesgo. La ideologización extrema que, después de tanta agua pasada bajo los aún firmes puentes intelectuales y mediáticos de 1917 y 1936, impera todavía en el análisis de nuestra contemporaneidad, perdería así gran fuerza, reduciéndose a sus justas proporciones con una interdisciplinariedad efectiva en los grandes lineamientos del conflicto de 1808-1814. Nada mejor que iniciar en el pórtico del siglo XXI un método y un talante que habrán de imponerse en la reconstrucción de todo el edificio de la contemporaneidad hispana, so pena de completo ostracismo social y académico de su cultivo más profesional.

Más recolectas se perfilan otras dimensiones de la historiografía del bicentenario. Sin romper amarra alguna de la indispensable interdisciplinariedad, algunos temas se recortan con rasgos menos plurales. Tal cosa cabe afirmar, por ejemplo, del estudio de la demografía o del comercio, mencionando dos extremos de dicha escala. No obstante la exigüidad del último y la de la primera, el historiador general ha de incitar a los especialistas de estas y otras áreas a completar el cuadro del conflicto con parcelas todavía en barbecho o poco roturadas. A su vez, la agricultura en su vector de actividad productiva y en el de eje axial del poder político y social es, naturalmente, un terreno en el que la esteva investigadora ha de poner al descubierto o redimensionar asuntos ya enfocados desde una óptica de estrecho ángulo. A partir del 6 de agosto de 1811, ¿cuál fue el debate en la prensa y la folletería?, ¿qué eco tuvieron las medidas antiseñoriales gaditanas en una España josefina que durante el fin del mencionado año y comienzos del siguiente gozó de su mayor plenitud y tranquilidad?, ¿qué línea divisoria marcó en los espíritus el término legal de la realidad so-

cial acaso más honda y decisiva del antiguo régimen? Un poco más adelante, al esbozar las cortes doceañistas con las medidas desamortizadoras de 1813 una cierta redistribución de la tierra ¿cuántos fueron los proyectos de reforma agraria de los nuevos e incontables arbitristas, muchos de ellos, en el surco de la mejor tradición dieciochesca y austracista, sacerdotes que delinearón no sólo paraísos utópicos, sino, a las veces, programas muy racionales de promoción y desarrollo rural? Y qué decir de las cuestiones que se arraciman al escudriñar por los planos del cambio de estructuras políticas y sociales, urgidas algunas de ellas de nueva reflexión e incluso de mero alumbramiento: ¿cuál fue la suerte a lo largo de 1813 en la España de Cádiz de unos municipios en los que la declinación del viejo régimen no había aplastado por entero su vitalidad?, ¿estamos ya en condiciones de medir y calibrar las resistencias opuestas al ordenamiento e incipiente burocracia del nuevo régimen?, ¿cuáles fueron en verdad las relaciones entre ayuntamiento e Iglesia en innumerables lugares de la España liberada de los uniformes azules? Y, finalmente, incluso en un terreno ya tan batido como el iter del propio proceso constituyente no son pocos ni pequeños los temas que podrían traerse a colación como necesitados de una mayor investigación. ¿Qué sabemos, v. gr., a escala local y provincial del desarrollo de unas elecciones que no contaron con campañas electorales, pero sí con una amplia participación de los remecidos por la comezón de ser pronto ciudadanos?

Interrogantes y cuestiones todas ellas pertenecientes a lo que, *avant la lettre*, pudiera denominarse la España profunda, al mundo apartado de la controversia doctrinal en la rica prensa y folletería provocada por la eclosión de la libertad traída al país por los aires gaditanos. Un catálogo de los asuntos discutidos en dicha publicística así como de los brotados del juego y dinámica institucionales del sistema constitucional sería tan extenso o más que el de los mantenidos bajo la superficie de la historia e imagen más conocida de la España fernandina de 1810-14. Lo cual, a su vez, no entraña olvido o preterición alguna cara a la josefina, donde no son pocas igualmente las cuestiones que han de conocerse o aclararse a la luz de nuevos aportes y reflexiones. Un tanto sorprendentemente, los hispanistas galos no demostraron hasta el momento excesiva curiosidad por penetrar en los entresijos de la vida cotidiana ni tampoco de la oficial del reinado peninsular del hermano mayor de Napoleón.

Por leve y apresurado que sea el repaso de los temas que una agenda bien abastada y planificada como incuestionablemente será la de los organizadores del bicentenario de la guerra de la Independencia habrá de incluir, tal recuento o mirada ha de detenerse un instante en el diálogo y también en el enfrentamiento entre España y América, ya que Filipinas apenas si, en verdad, contó y estuvo presente en la historia más viva de aquellos años. También aquí levanta el vuelo una auténtica miriada de temas que tendrán que abordarse con renovada documentación y actitud en el gran acontecimiento historiográfico del que con tan ligera impedimenta y veloz paso nos ocupamos en estas líneas. La guerra de la Independencia se expresó en el inmenso territorio al sur de Río Grande en el doble plano de un conflicto civil y emancipador, con caracteres igualmente de guerra de la independencia en el abierto re-

chazo de algunas autoridades y sectores criollistas a las pretensiones napoleónicas de extender la soberanía josefina a Virreinos, Capitanías Generales y Audiencias.

La dimensión económica se sitúa en lugar privilegiado a la hora de pretender dar cuenta y razón de los principales episodios de la proyección americana de la guerra de la Independencia española. La gran síntesis espera aquí su historiador. El envite es formidable, sin duda; pero mayor será el progreso historiográfico que su positiva respuesta provoque. Al mismo tiempo, otros aspectos de la fisonomía americana e hispanoamericana del conflicto aguardan el esfuerzo o el interés de la comunidad científica iberoamericana. ¿Se piensa, *ad exemplum*, con el requerido detenimiento en los efectos trascendentes que, para el futuro del continente, representó la única experiencia verdaderamente monárquica —preteridas por su brevedad e inanidad las dos mexicanas de Itúrbide y Maximiliano de Austria— registrada por sus anales, la brasileña de Joao VI? Múltiples facetas relacionadas con la vivencia popular y el trajinar diario a un lado y otro del Atlántico se beneficiarán del trabajo adunado de antropólogos, sociólogos e historiadores. Con una referencia personal por la que pedimos excusas, diremos que ha casi medio siglo tuvimos el inmerecido honor de colaborar en un ambicioso trabajo de equipo dirigido en la Universidad de Sevilla por el Prof. Gil Munilla acerca de la repercusión de los orígenes de la emancipación americana en la prensa de la época, cuyos amplios resultados permanecen aún inéditos. En tal corpus documental se recolectará con facilidad una vasta y, en ocasiones, contrastada información en punto a incontables extremos, que, por razones obvias de enfoque y tratamiento, no quedaron englobadas en la sagaz cata de Melchor Fernández Almagro. La publicación de tal regesta sería, desde luego, una contribución de primer orden al buen desarrollo del bicentenario.

Al no ser ni por decisión ajena ni propia parte integrante de ningún organismo encargado de la puesta a punto de los trabajos preparatorios de dicho gran acontecimiento, las precedentes acotaciones y sugerencias no deben de alargarse ni otorgárseles más valor que las de un *free lance* preocupado hasta la obsesión porque tan magno suceso de la vida académica, cultural y social española se celebre condignamente a su importancia y trascendencia. Han sido tantas las ocasiones fallidas, el faprestismo y la insustancialidad de la evolución reciente del mundo intelectual español, que hacen comprensible la solicitud de indulgencia para cualquier postura o deseo de rigor y decoro cara a una celebración de tal magnitud. En el 2008 hará un veintenio de que se celebrara el bicentenario de la Revolución Francesa, evento sin duda de entidad, volumen y trascendencia superiores a los de la guerra de la Independencia española, pero de los mismos caracteres inaugurales de un ciclo histórico que el poseído para el Hexágono por el desencadenado por la toma de la Bastilla.

El bicentenario galo —en cuya apertura el genio mediático del mayor actor-político del siglo xx, François Mitterrand hiciera una deslustrante exhibición de sus talentos— no significó, pese a sus luces y pirotecnia, el comienzo de una nueva etapa historiográfica en el estudio de la contemporaneidad vertebrada por el hecho revolucionario, tal y como propugnó con vehemencia y tino en una obra prohibida en España por la dictadura del discurso de lo políticamente correcto, uno de los grandes

náufragos del siglo xx, François Furet. Ojalá que en nuestro país se trocase el oropel y los fastos por la autenticidad y el cambio de una deriva ya estéril y ominosa. Esto es: que la austeridad decorosa de la celebración «oficial» y pública del bicentenario de la guerra de la Independencia fuese acompañada de un verdadero golpe de timón, aproando nuestro contemporaneísmo a metas de índole exclusivamente científicas, a tono con la cultura de paz y solidaridad que, sin merma de la justicia y la verdad, impregna irrefrenablemente la visión y mentalidad actuales (17).

En todo caso, la búsqueda insobornable de la verdad será el mejor homenaje que las generaciones de historiadores del presente —guardianes de la memoria de su colectividad— pueden tributar al buen pueblo español que con sus sacrificios y, en muchas ocasiones, con su heroísmo, se esforzó, hace doscientos años, por abrir con dignidad las puertas de un esperanzado destino para su patria.

(17) *La revolución a debate*, Madrid, 2000.

